

LIBRO V

Relación de las Ideas entre sí.

CAPITULO UNICO

PARTICIPACIÓN MUTUA DE LAS IDEAS

- I. Los contradictorios y los contrarios según el *Phedon* y el *Sophista*.—II. La participación de los contrarios según el *Parménides*.—III. Tesis sobre la participación mutua de las Ideas.—IV. Aplicación á la participación de las Ideas en las cosas.

I

El *Sofista* y el *Parménides* están destinados á explicar la participación mutua de las Ideas. Las indagaciones socráticas sobre la definición, que contienen el germen de la teoría platónica, debían llevar necesariamente al estudio de la relación recíproca de las Ideas. La definición, en efecto, resume todas las operaciones lógicas, y expresa una relación entre los objetos, puesto que los clasifica y diferencia. No hay pensamiento, no hay lenguaje, si no hay relaciones fijas entre las Ideas. ¿Cuál es, pues, esta participación recíproca de las esencias absolutas, sin la cual no hay

ni existencia ni conocimiento? ¿Hasta dónde llega ¿Hay que identificar todas las Ideas, ó hay que repararlas? Entre la unidad absoluta y la multiplicación absoluta, ¿cómo hallar un término medio? La indagación de este término medio ha dado origen á la teoría de Platón; ¿podrá sostenerse hasta el fin en un camino tan difícil? «¿Excluiremos á toda cosa de toda otra cosa, y estableceremos como principio que cada una es esencialmente inconciliable y no puede participar de ninguna otra?» (En la hipótesis de la separación absoluta.) «¿O bien las miremos como siendo susceptibles de cierta comodidad entre sí?» (Hipótesis de la unidad absoluta), «¿ó, finalmente, haremos esto con algunas y con otras no?»

La hipótesis de la separación absoluta de los géneros es, como se recordará, la de Aristóteles y de los cínicos, que pretendían que no puede decirse *hombre bueno*, porque, de una parte, el hombre es hombre, y de otra, lo bueno es bueno.

La consecuencia de esta separación absoluta de los géneros era la imposibilidad de la definición confesada por Antístenes, y la reducción de las Ideas á simples conceptos abstractos. «Veo á tal hombre, á tal caballo, decía Antístenes, pero no el caballo en sí ni la *humanidad*.» Es una de las formas del conceptuismo, al cual hacía Platón alusión en el *Parménides*. No hay doctrina que merezca á Platón más desprecio, porque, al mismo tiempo que destruye otra doctrina, se destruye á sí misma. Si no hay comunicación posible entre los géneros, no se puede afirmar nada, toda vez que la afirmación consiste en la unión de la palabra *ser* con algún otro término. Hasta los que afirman la separación absoluta de los géneros los unen, sin embargo, en su lenguaje, «de suerte que no han me-

nester de nadie que los refute, y que lleven, como suele decirse, á su enemigo dentro de sí». «Esta manía de separar todas las cosas, absurda en sí misma, denuncia un espíritu ajeno á la filosofía y á las Musas. Porque el medio más seguro de echar á tierra nuestros razonamientos es dislocar así todas las cosas. ¿No debemos, por ventura, el lenguaje al encadenamiento de las Ideas entre sí?»

La segunda hipótesis es la que confunde todos los géneros y los une indistintamente, sin orden ni método. «En cuanto á esta suposición, yo mismo me encargaría de refutarla. —¿Cómo?— Porque el movimiento estaría en reposo, y á su vez el reposo estaría en movimiento si se comunicasen entre sí; es, por tanto, absolutamente imposible que el movimiento esté en reposo y que el reposo se mueva.» A los partidarios de la separación absoluta había opuesto Platón el principio de la unidad; á los partidarios de la confusión absoluta opone el principio de la distinción. Recuérdese que todo el esfuerzo del platonismo cifra en mantener á la vez estos dos principios y reconciliarlos en la Idea.

La forma más precisa del principio de la distinción de los géneros es lo que los lógicos han llamado axioma de contradicción. En este axioma se apoya Platón, é impórtanos comprender bien cómo lo interpreta. El sentido en que lo toma es precisamente el que le da Aristóteles, fiel en este punto á la doctrina de su maestro. Una misma cosa no puede ser y no ser *al mismo tiempo y por el mismo respecto*. Esta restricción es necesaria y está formalmente expresada por Platón. «Cuando decimos que el movimiento es el mismo y no es el mismo, no es bajo la misma relación.» La verdadera contradicción consistiría en decir, por ejem-

plo, que el movimiento, en cuanto movimiento, es al mismo tiempo el reposo, es decir, que una Idea *puede ser contraria á sí misma*. «Ninguna cosa contraria, en tanto que es lo que es, puede desear llegar á ser su contraria.» Cuando Cebedes opondrá á esta doctrina de Sócrates la doctrina de la *generación* mutua de los contrarios, que había sido anteriormente expuesta, Sócrates responde: «Hemos dicho ahora poco que los contrarios *nacen* siempre de los contrarios; ahora decimos que un contrario, considerado en sí, no puede jamás ser contrario á sí mismo, ni en nosotros, ni en la naturaleza. Entonces, amigo, hablábamos de las cosas sensibles, que reciben en sí los contrarios (1), y á los cuales damos el nombre de los contrarios que reciben; pero ahora hablamos de las esencias mismas, que, por su presencia, dan su nombre á las cosas en que se hallan; y estas esencias no pueden, según nosotros, *nacer* una de otra.» Este pasaje es significativo; cada *Idea*, considerada *en sí misma*, es esencialmente distinta de la Idea opuesta; de lo contrario, no sería un principio de determinación, de forma y de esencia; además, no *nace* de su contrario, no teniendo lugar la generación en el mundo de las Ideas.

La relación de contradicción no puede, consiguientemente, existir entre una Idea y ella misma, ó, en otros términos, la relación de identidad no puede existir entre una Idea y su contraria, cuando se las compara independientemente de todos los demás.

Tal es la parte que opondrá Platón á los partidarios de la diversidad. Pero la opondrá, reduciéndola á los más cortos límites posibles, á los estrictos del princi-

(1) *Fedon*, ibidem. Este pasaje no ha sido comprendido ni por Stallbaum ni por Cousin, que traducen: Las cosas que tienen contrarios.

pio de contradicción, y fuera de este principio busca anhelante la unidad y la identidad.

He aquí las relaciones de unión que pueden existir entre las Ideas: A) Dos Ideas diferentes, y aun contrarias, pueden coexistir en un mismo objeto que participe de una y otra. «No sería de extrañar que se demostrase que yo soy uno y múltiple á la vez. Para probar que soy múltiple, bastaría demostrar que el lado izquierdo de mi persona se distingue del derecho, etc. Y para probar que soy uno, basta decir que, de siete hombres aquí presentes, soy uno, de suerte que participo también de la unidad. Mostrándonos una unidad múltiple y una multiplicidad una, se nos demuestra que lo uno es lo múltiple y que lo múltiple es lo uno, y no se dice nada de extraño.» Los géneros están, pues, mezclados en el mundo sensible que de ellos participa; lo mismo sucede con esa mezcla de contrarios que suscita el pensamiento por la admiración que le inspira, y que le hacen concebir, por cima de la confusión sensible, las esencias puras y sin mezcla. Esta coexistencia de los contrarios en un mismo sujeto, sólo tiene lugar bajo una relación meramente extrínseca. He aquí las relaciones más íntimas entre las Ideas.

B) Las Ideas que no se contradicen pueden comunicarse entre sí. En sí, el hombre es hombre, lo bueno es bueno; pero el hombre puede ser bueno sin dejar de ser hombre, sin hacerse contrario á sí mismo, sin perder su esencia propia. La *humanidad* y la *bondad* pueden, por tanto, conciliarse. Repetir obstinadamente, con Antístenes, que el hombre es hombre y que no es ninguna otra cosa, es contradecirse, puesto que se le atribuye el ser. Aun diciendo *el hombre es hombre*, se expresa una identidad, se atribuyen al hombre dos cosas; la cualidad de hombre y la identidad.

C) Puede haber entre los contrarios cierta participación. Recordemos que, según Platón, hay dos especies de contrarios, unos relativos, otros absolutos. El ser, por ejemplo, tiene un contrario relativo, que es el no-ser. «No admitimos que una negación significa lo contrario (absoluto), sino solamente algo distinto de los nombres que la siguen.» La *grandeza* tiene un contrario relativo que es lo *no-grande*; y lo no-grande designa más bien lo pequeño que lo mediano; no es, pues, una expresión absoluta. Esto mismo se aplica á lo no-bello y á lo no-justo, etc. Lo *múltiple* ó lo *no-uno* no es tampoco, rigurosamente hablando, lo contrario de lo *uno*. Lo *uno* no admite en sí mismo su negación absoluta, que se podría llamar la multiplicidad absoluta, evidentemente exclusiva de la unidad. Pero puede admitir en sí mismo una multiplicidad relativa que no excluye la unidad, que difiere de ella sin destruirla. El *ser* mismo admite el no-ser; y sabemos que no se trata de la nada absoluta, cosa exclusiva, porque es absoluta, sino de una negación relativa que se concilia con el ser. Nunca nos cansaremos de repetirlo; el ser, en sí y considerado en el estado de pureza absoluta, no es el no-ser; dos contrarios absolutos se excluyen necesariamente, según el principio del *Fedon*; pero también es cierto que, en la eterna realidad, hay unión entre el ser y algo que no es el ser mismo, y que no excluye el ser; á este algo diferente del ser lo llama Platón el no-ser.

El no-ser resulta de la distinción de las Ideas. Consideremos una Idea cualquiera en su relación con las demás; lo que *es*, es *no-ser* por relación á lo que los demás son, y, recíprocamente, las demás Ideas son *no-ser* por relación á lo que es la primera. Bajo el no-ser está, pues, siempre el ser; pero esta palabra de-

signa determinaciones del ser, distintas de la que se considera en particular. En el fondo, siempre el ser se opone al ser. Por ejemplo, «lo *no bello* consiste en una oposición de un ser con un ser».

¿Cuál es, por lo tanto, el valor preciso del principio de contradicción? Puede colegirse de lo que precede. El ser y el no-ser son dos contrarios; si los consideramos en sí mismos, en el estado de pureza absoluta, es evidente que el ser puro excluirá al no-ser puro. Lo que es, *en cuanto que es*, excluye á lo que no es, en cuanto que no es. Pero el principio de contradicción, conservando su valor en los límites indicados, ¿expresa el fondo real de las cosas? Platón no parece prestar asenso á esta proposición. El fondo de las cosas, para él, es la unidad; solamente esta unidad no excluye la multiplicidad. La perfección es simple; solamente ella contiene todas las determinaciones posibles en su simplicidad. Si, por lo tanto, consideramos una de estas determinaciones aisladamente y las oponemos á las demás, aparecen la diversidad, la multiplicidad, el no-ser. Lo que es esta determinación *no lo son las demás*. Y, sin embargo, en la realidad, esta determinación no está aislada, se absorbe en las demás. La diversidad era solamente lógica; resultaba de una *relación* establecida en el seno del ser entre muchas modificaciones de éste; la multiplicidad relativa debe, por consiguiente, entrar en la unidad, y el no-ser debe resolverse en el ser. El pensamiento íntimo de Platón es que lo diverso, lo múltiple, el no-ser resultan simplemente del punto de vista de la relación entre Ideas, artificialmente separadas y naturalmente unidas. Luego la unidad suprema no es supresiva de la multiplicidad de las determinaciones ó de las Ideas, sino que, por el contrario, las incluye. De la misma manera, el

Ser, que no merece este nombre sino á condición de reunir todos los modos del ser positivos, no es supresivo del *no-ser*, toda vez que el *no-ser* es lo que hace que una determinación considerada especialmente se distinga de todas las demás por el pensamiento, aunque coincida con ellas en la existencia. «La naturaleza de *lo otro*, difundida en todo, haciendo cada cosa (aunque se considere especialmente) *distinta* del *ser*, la hace *no-ser*; y en este sentido, es lícito decir que *todo es no-ser*, mientras que en otro sentido, en cuanto que todo participa del ser, se puede decir que *todo es*.»

En resumen, la relación de las Ideas entre sí consiste en las relaciones de contrariedad ó diferencia *formales*, cuando se las compara una por una, y de unidad *sustancial* cuando se las compara en conjunto. Así se hallan conciliados el sistema de la distinción absoluta y el de la identificación absoluta.

II

Esta teoría del *Sofista*, escrito después del *Parménides*, es la clave de los enigmas del *Parménides* mismo. Como el *Sofista*, el *Parménides* tiene por objeto la doctrina de la participación, ya de las cosas en las Ideas, ya de las Ideas entre sí. Los comentadores no han observado la íntima unidad del diálogo, donde el único asunto se desenvuelve á través de digresiones sólo aparentes. La verdadera tesis del *Parménides* está sentada desde el comienzo de estas palabras de Sócrates, que los comentadores echan de ordinario en olvido una vez que se han introducido en el análisis del diálogo: «No sería de extrañar que se me demostrase

que todo es uno por participación de la unidad y múltiple por participación de la multiplicidad; como no sería, por ejemplo, extraño que se me demostrase que yo soy á la vez uno y múltiple. Pero si, *después de haber aislado las Ideas en sí mismas*, como la semejanza y la desemejanza, la multiplicidad y la unidad, el reposo y el movimiento, y todas las demás del mismo género, si se viniese, digo, á *demostrar que las Ideas son susceptibles de mezcla y separación*, he aquí, Zenón, lo que me sorprendería extrañamente. Reconozco la fuerza que has desplegado en tus razonamientos; pero, te lo repito, lo que aún admiraría más, sería que se pudiese demostrar *la misma dificultad* (*ἀπορίαν*) *implicada en las Ideas mismas, y hacer con los objetos del pensamiento lo que has hecho con los objetos visibles.* La cuestión, ¿no está claramente propuesta? Sócrates halla natural la coexistencia de los contrarios en los objetos sensibles, ya demostrada por Zenón; pero ruega á Zenón que le demuestre una coexistencia semejante en el mundo inteligible; que le demuestre que muchos están en uno (129, a), lo cual es el sistema mismo de Platón. Nada hay de maravilloso en demostrar la participación recíproca de las Ideas opuestas, y consiguientemente, su unidad radical en el uno-muchos.

Parménides allana este obstáculo; toda la serie de su argumentación, que redundaba en provecho del platonismo, tiene por fin presentar á Sócrates el espectáculo que exige hacerle ver la participación recíproca de los contrarios. Platón se propone con esto hacer sentir la necesidad de una teoría lo bastante profunda y comprensiva para dar al traste con estas «dificultades, ἀπορίαι»; esa teoría es precisamente la suya, la del *Theetetes*, la del *Sofista* y la del *Filebo*.